

BIBLIOTECA

PROA



NORAH BOR

REVISTA DE RENOVACION LITERARIA

Este libro es un silencio

Nadie y nada, una existencia vacía y sin sustancia, llenan las ochenta páginas de *La hora de la estrella* de Clarice Lispector¹, obra escrita pocos meses antes de su muerte, en 1977, y ahora reeditada por Siruela, en la que la autora brasileña de origen ucraniano condensa el abanico temático y expresivo de su extraña escritura. En contraste, en *Un soplo de vida*, obra póstuma editada en 1991 siguiendo sus instrucciones y también traducida en España por la editorial Siruela (1999), Clarice Lispector metamorfoseada en Ángela se utiliza a sí misma como personaje para poder perdurar después de su muerte: «Escribo como si fuera a salvar la vida de alguien. Probablemente mi propia vida». Macabea –nadie, nada– y Ángela –Clarice Lispector convertida en la creación de Clarice Lispector– son una densa metáfora sobre la trascendencia de la vida, sobre el significado de estar en el mundo.

¹ *Clarice Lispector: La hora de la estrella. Traducción de Ana Poljak, Madrid, Siruela, 2000. «Libros del tiempo».*

Si desde las primeras décadas del siglo XX toda la literatura brasileña en sí misma significa una ruptura que, desde su vanguardia antropófaga, se aleja radicalmente de la tentación al mimetismo que representa la modernidad europea, a partir de la segunda mitad del siglo, Clarice Lispector supondrá un nuevo cambio de orientación al aplicar una lente de aumento sobre una realidad ya distante del original tropicalismo y realismo social y regional que caracterizó la renovación de las letras brasileñas contemporáneas. Su obra es un largo monólogo interior sobre lo íntimo y aparentemente insignificante. Relatos breves, casi sin argumento, que la escritora brasileña usa a modo de escenarios cinematográficos y los carga de las sensaciones –y no tanto de los sucesos– de la vida cotidiana. Muestra imágenes de vidas femeninas y urbanas y dota de protagonismo a lo intrascendente para convertirlo, así, en esencial y valioso. Clarice Lispector demuestra que también la nada, todo aquello que causa indiferencia o en lo que nadie se fija, es dramático precisamente porque no consigue despertar el interés y el espectador pasa su mirada sobre esa realidad sin reflexionar sobre ella.

La hora de la estrella es una meditación sobre la soledad desde la inconsciencia de su existencia. La mente simplísima y vacía de

Macabea no se ha preguntado nunca sobre sí misma; no sabe nada, no quiere nada, no imagina nada y por ese motivo no es consciente de su infelicidad: «sólo de una manera vaga se daba cuenta de una especie de ausencia que tenía de sí misma». El relato de Clarice Lispector es la historia insignificante de nadie, la suma de instantes de un ser que es puro silencio –otro de los grandes temas de la autora brasileña– porque hablar, hablarse a sí mismo, es terrorífico. Macabea intuyó una vez que estaba en el mundo y se abrió ante ella un abismo vertiginoso que la trastornó: «Sólo una vez se hizo una pregunta trágica: «¿quién soy yo?» Se asustó tanto que dejó de pensar por completo». Macabea es silencio vivo, es extraña y perturbadora, y su elementalidad es lo que la sostiene en el mundo porque desconoce la crueldad de su vida. Quizás por eso parece *una loca mansa*, porque existe sin saberlo y «existir es cosa de locos, un caso de demencia. [...]. Existir no es lógico».

Está sola; ella es la soledad. Una soledad hecha de vacío mental como vacía está su vida porque no hay nada ni dentro de ella ni a su alrededor. Macabea es un vacío existencial y esa realidad vital es casi insultante y al mismo tiempo obliga a una descorazonadora compasión. Sin embargo, Clarice Lis-

pector aprieta el corazón del lector pero sin sentimentalismo. Obliga a una toma de conciencia meditativa, aunque no resignada, de la realidad de los que no son nadie, de los anónimos que no se piensan como tampoco piensa en ellos el lector en su vida diaria salvo en momentos puntuales en los que la evidencia de la realidad se presentiza o no se puede eludir. En su ejercicio de reflexión sobre la vida hecha de instantes, Clarice Lispector es poéticamente fría y exacta, y por ese motivo la lectura es más desasosegante. Macabea es un ser incomunicado consigo mismo y con el mundo pero, inconsciente de su desorientación y gracias a su simplicidad, no se sabe excluida. El drama existencial de Macabea lo vive el lector pero no este personaje que sólo existe gracias a la mirada del narrador. Es él el que dibuja el espacio que ocupa y ocupará Macabea: «¿quién organizó la tierra de los hombres? Sin duda un día iba a merecer el cielo de los oblicuos, donde sólo entra quien es torcido».

Alguien, un escritor que se identifica como Rodrigo S. M., observa y ama desde lejos a Macabea y se siente obligado a recoger con palabras todo lo que la mujer ignora de sí misma. El narrador inventa a Macabea porque sin su atención ella no existiría, pero al mismo tiempo al hablar de la mujer se